



AREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº 4 – Invierno 1996-97

Reflexiones sobre la pareja masculino-femenino

José Luis Alonso Gajón ⁽¹⁾

¿Existen en realidad entes masculinos y entes femeninos?. Nuestro lenguaje es muy rico, y con masculino y femenino no se indica lo mismo que con macho y hembra, cuya realidad y' diferencia casi nadie negará.

Masculino y femenino son conceptos más sutiles y por ello podemos empezar a preguntarnos como creamos símbolos en oposición, y también podemos preguntarnos sobre cuál es su relación con una realidad, en la que cada uno tiene su individualidad y las cualidades del conjunto de las personas forman una determinada distribución estadística. Los criterios de separación de lo masculino y lo femenino no siempre provocan el mismo resultado, según quien sea el observador: la relación entre nuestra visión y la realidad es uno de los grandes problemas filosóficos clásicos (y el nudo gordiano de una parte básica de nuestra ciencia actual); la física cuántica incluso ha llegado a negar la existencia de la realidad, por lo menos de la tangible.

Asumiremos que lo masculino y lo femenino son categorías que, por lo menos, existen en nuestra mente y tienen una cierta relación con nuestra observación externa cotidiana.

Las categorías mentales de opuestos suelen quedar definidas básicamente por su propia oposición. Así, por ejemplo, la mejor definición de frío es la ausencia de calor y en su percepción concreta cada individuo depende de sus experiencias anteriores, no siendo igual para un pigmeo que para un esquimal.

Esta oposición puede ser absoluta, del tipo de "A - no A", en el caso de conceptos abstractos como, por ejemplo, el bien y el mal. La oposición va siendo menos nítida, más complementaria, cuanto más se concretan y acercan los conceptos a la realidad (ej.: blanco y negro como conceptos son totalmente opuestos, pero en la realidad aparecen toda la gama de grises), la complementariedad aumenta si analizamos una realidad viva y sobre todo tan

¹ José Luis Alonso Gajón es ingeniero agrónomo, especialidad Economía.

próxima al observador como es la humana. Podemos pensar en la intercambiabilidad de los conceptos en la oposición entre vencedores y vencidos, amo y esclavo, dar y recibir, etc.

Si lo aplicamos al objeto de este artículo vemos que lo masculino y lo femenino son conceptos mentales, que definimos mutuamente en función de su opuesto y por ello, parcialmente complementarios, ya que así reflejan mejor la complejidad de una realidad social. Así, a un niño se le educa, o educaba, diciéndole: "no llores que es de niñas", a las niñas se les prohibía jugar al balón "...porque es cosa de chicos". Hoy, somos más sutiles y mandamos mensajes más permisivos, pero igualmente etiquetadores: "te compraré el balón para que juegues con los chicos".

Nuestro pensamiento formal clasifica bastante bien, pero es mucho más tosco e ineficaz a la hora de sintetizar y, sobre todo, de comprender realidades sutiles como éstas en las que cada uno tenemos, a veces aletargada socialmente, una experiencia propia en la que la afectividad es primordial.

Abandonemos aquí esta vía y probemos la que nos recomendaba Freud: la poesía:

*"Dicen que el hombre
no es hombre,
hasta que no ha oído su nombre,
de labios de una mujer.
Puede ser."*

Texto breve y rico que Antonio Machado pone "en boca" de una máquina creada por su amado y estudiado Mairena. Reflexionemos sobre él:

Juega con la pareja de conceptos opuestos "hombre"- "mujer" pero en sentido, creemos, muy relacionado con lo masculino-femenino, hasta el punto que, a partir de ahora, casi los identificaremos.

Triangula los conceptos introduciendo uno nuevo: el "no hombre", no como opuesto a mujer sino como previo al ser "hombre". Es la carencia de autodefinition. En efecto, la distinción de un ser humano como masculino no es algo natural, sino una construcción social sobre una base inicial (y a veces, sin o contra esa base). La interiorización de esa construcción social es lenta y difícil. La iniciamos en la familia, desde el momento del nacimiento; continúa mediante los mensajes que recibimos, mensajes verbales, gestuales, a través de normas sobre comportamientos, etc... Después, es el grupo de iguales quien asume el papel primordial, que a la vez que separa de la familia va creando -¿a cambio?- la separación respecto al otro grupo, las "niñas". Niñas débiles, lloricas, carentes de las "virtudes" del propio grupo en un esquema social clásico y efectivo, que incrementa la cohesión grupal mediante la creación del "fantasma", del enemigo externo al que se le asignan todos nuestros temores y fobias. En estas etapas, el individuo no ha interiorizado todavía su propia clasificación social y ésta se mantiene desde el exterior: familia o grupo de iguales. En esta etapa inacabada, el "niño" -contrapuesto a "niña"- es todavía en el lenguaje machadiano: "no hombre".

"Hasta que no ha oído su nombre". La palabra va a ser, como siempre, el vehículo de interiorización y asunción del concepto y, por ende, del rol social implícito en la clasificación. "Su nombre", la poesía conserva la posibilidad de sugerir significados de las palabras ya casi

abandonados en el lenguaje habitual. Así, la palabra nombre tiene en los lenguajes semíticos una amplitud y profundidad mucho mayor que el de simple apelativo para designar un concepto o individuo, es algo mucho más importante que está en comunicación con la esencia, con la naturaleza "en sí" del propio ente y que establece una relación, una ligazón entre dos seres cuando se pronuncia. Lógicamente es en la religión donde más se conserva esta significación que, aunque no racionalmente, sugiere y sigue influyendo en nosotros. Como ejemplo citaríamos algunas oraciones "En el nombre de...", mandamientos "No pronunciarás el nombre de...", el pasaje del Génesis en que Adán pone nombre a los animales, etc. Curiosamente, se conserva en ciertos sectores conservadores, como la Justicia.

También, y ya en nuestro terreno, los amantes se ponen nombres cariñosos secretos. Es, pues, el nombre de "hombre" como sinónimo de lo masculino algo más que una etiqueta que se interioriza y el individuo asume su condición social de tal, llegando a estructurarle su propia percepción de sí mismo, su imagen del yo. Es esta profundidad la que explica lo largo del recorrido y la cantidad de esfuerzos y técnicas sociales necesarias para conseguirlo. Por eso puntualiza el poeta: "no ha oído", porque nuestro nombre ha sido pronunciado muchas veces y en cambio no lo hemos oído. Para oír hemos de abrirnos al otro y dejarle penetrar en nuestro interior, que su mirada ilumine nuestra esencia y que nos la devuelva dándonos ese nombre que, simultáneamente, nos individualiza y nos liga al otro.

"De una mujer". Hablábamos antes de la oposición y complementariedad conceptual entre masculino y femenino, ahora vemos que en la operativa real mediante la cual se interioriza, es "la otra" la que da el último empujón. Es el otro sexo quien no solamente nos da la referencia inicial (infantil y adolescente) de ser diferentes física y grupalmente, sino que también mediante una relación individual: un hombre-una mujer, nos hace asumir en profundidad como masculinos.

"De labios". La palabra, la sociedad, el concepto. Si no fuéramos parte de una sociedad que se interrelaciona no seríamos hombres o mujeres. Es la sociedad la que necesita que asumamos nuestro rol y seamos conscientes de él.

Nuestra familia nos envía nuestra imagen como contraposición al otro grupo ("tú tienes colita, las niñas no tienen"). Es también la contraposición al otro grupo lo que nos hace en nuestra pubertad sentirnos miembros del grupo de "los chicos" y no de "las chicas". Pero es el amor a una persona del otro sexo el que nos hace, más adelante, asumirnos interiormente como personas individuales que no sólo "tenemos" sexo físico sino que "somos". Así se produce simultáneamente el sentirnos diferente del otro y ligado al mismo.

"Puede ser". En su doble sentido: no es nada seguro que sea verdad ni lo que ha dicho el poeta ni nuestra interpretación, pero también "puede ser" en el sentido de que este proceso no siempre llega al final. ¿Cuántos seres humanos con pene conocemos en la fase infantil en la que más que poseer colita es la colita la que les posee e identifica ante ellos mismos? ¿Y cuántos otros, con pene o sin pene, están/mos en la fase adolescente-grupal de oposición al otro sexo como forma de autoidentificarse al propio yo?. Es un trayecto largo y difícil hasta llegar al amor a/de una mujer que nos hace asumirnos alegremente en la mirada - voz de ella. Somos hombres para amarle a ella que es mujer y que ella pueda amarnos de una forma

diferente a otros tipos de amor. Y, de paso, logramos desligarnos de nuestra familia de origen y de nuestra pertenencia amorfa al grupo.

¿Es éste el final del recorrido o es la base para continuar hacia una integración en el interior de cada uno de lo masculino y lo femenino en un movimiento de tesis, antítesis y síntesis, que nos puede conducir a descubrir no ya la imagen especular nuestra que nos devuelve/da nuestra familia, nuestro grupo, nuestra amada, sino la realidad más profunda que subyace en cada uno y que nos hace ser "hombre", no en el sentido de masculino, sino de humanos?.

Puede ser.